

ÍNDICE

Prólogo por Josep-Lluís Carod-Rovira	7
Una mirada al pasado	
1. Situación y fundación.....	13
2. El entorno social	23
3. La consolidación de Vallbona en la primera mitad del siglo XIII	31
4. Dos hechos importantes de la primera mitad del siglo XIII	37
5. La predilección de Jaime I y de la reina Violante por el monasterio de Vallbona	39
6. La finalización de la primera gran etapa constructiva: el románico cisterciense.....	45
7. La explotación del dominio territorial	49
8. Las grandes obras góticas del monasterio llevadas a cabo por las abadesas Anglesola.....	59
9. La compra de las jurisdicciones y la constitución de la baronía (1380).....	63
10. Adelante, pese a la crisis.....	65
11. Tres situaciones difíciles: el ingreso en la Congregación de Aragón, el pleito de la “clausura” con el obispo de Lérida y el pleito de la “paternidad” con Poblet.....	73
12. El recuerdo de los orígenes: el traslado de los restos de san Ramón de Vallbona al monasterio	85
13. Los obstáculos de los siglos XVIII y XIX. Las grandes transformaciones internas de la comunidad	89

14. El siglo xx: un periodo de dificultades y esperanzas.	99
15. Las celebraciones de la presencia monástica en Vallbona: 1957 y 2007	109
16. Los monasterios filiales de Vallbona	117

Las perlas del estuche

17. La comunidad.....	153
18. La composición de la comunidad: número y clases de monjas	157
19. El ingreso en la comunidad: vestición y profesión monástica.....	167
20. Cargos de la comunidad.....	175
21. La abadesa.....	177

El recorrido artístico. La visita al monasterio de Santa María de Vallbona

22. Los tres recintos del cenobio. Los recintos exteriores	193
23. El tercer recinto. El monasterio.....	201
24. El claustro	205
25. Capilla e imagen de Nuestra Señora del Claustro....	217
26. La sala capitular	221
27. La iglesia monástica.....	229
28. Las losas funerarias de Santa María de Vallbona.....	249
29. La capilla del Corpus Christi.....	253
30. El cimborrio campanario	263
31. El antiguo cementerio	267

A modo de epílogo

32. Relación cronológica de las abadesas de Vallbona desde 1174 hasta 2009.....	281
33. Bibliografía.....	285

PRÓLOGO

Durante más de ocho siglos, y de forma permanente, el monasterio de Santa María de Vallbona ha sido sede de una comunidad estable de monjas. Una comunidad que ha tenido, en todas las épocas, el apoyo, la simpatía y la complicidad de la gente del entorno más inmediato y de todo el país. Me di cuenta, claramente, de esta conexión entre el monasterio y su paisaje humano, en septiembre de 2007, en uno de los actos de celebración del 850 aniversario de la presencia monástica en aquel lugar urgelense. Y capté la emoción de tantos y tantos momentos vividos en el interior de aquellas piedras a lo largo de la historia.

Este apoyo popular, este reconocimiento, es por alguna razón. Seguro que, en buena medida, debe ser porque las monjas han actuado en todo momento a favor del desarrollo jurídico, económico y social del territorio bajo su dominio, como por ejemplo con el otorgamiento a la población bajo su ámbito de influencia de la carta de franquicia que la exoneraba de los consuetudinarios malos usos de *intestia* (morir sin testar), *eixorquia* (sin descendencia) y *cugucia* (adulterio) y le concedía plena libertad de disposición de sus bienes. Para mantener esta actitud realmente progresista e insólita en época medieval, las monjas tuvieron que enfrentarse a problemas con los nobles de la zona.

La larga historia del monasterio y la actuación de las monjas son unos de los exponentes más claros de la importancia de la mujer en la época medieval. Su actitud, llamémosle “civil”, debe inscribirse en el contexto general del papel fundamental que han jugado y que juegan las mujeres en la construcción nacional de Cataluña.

A partir del siglo XIII, en Vallbona, se estableció una escuela monacal donde las chicas aprendían música, gramática y caligrafía,

entre otras disciplinas propiamente religiosas. Esta circunstancia hizo posible que hubiera un *scriptorium* y que las monjas copiaran y adornaran códices. Pero este hecho, que podría ser normal para cualquier monasterio, tiene un gran valor y es esencial por su particularidad. En el siglo XIII, la educación era un lujo al que accedían poquísimas personas y, en todo caso, las mujeres no eran precisamente sus destinatarias habituales. En cambio, en el monasterio de Santa María de Vallbona, las mujeres sí que eran las destinatarias de la educación. Y su formación fue valiosa, no sólo para ellas individualmente, sino también para el monasterio y para el conjunto de la sociedad de su tiempo, porque convertía al monasterio en un centro cultural de gran importancia.

Tanto es así que el papa Honorio III concedió a las monjas el privilegio de su independencia del prelado diocesano, hasta el punto que los obispos no podían llevar causas de las monjas a los tribunales y tampoco podían celebrar oficios en la iglesia monacal sin autorización de la abadesa. El ejercicio de este derecho reconocido nunca fue fácil y más de una vez hubo conflicto, pero siempre se resolvió a favor de las monjas. Con tenacidad, constancia y una robustez que se apoya en la solidez de sus convicciones más profundas, las monjas de Vallbona han conseguido superar todas las adversidades que, con intensidades diversas, han tenido que sufrir a lo largo de los siglos.

El apoyo popular al que me he referido venía avalado también por la protección de la realeza y muy especialmente de Jaime I y de su segunda esposa, Violante de Hungría, que descansa entre los muros del monasterio. Hasta nuestros días, la ubicación de los restos de la reina, en Vallbona, se ha convertido en un vínculo permanente entre Cataluña y Hungría. Lo demuestra la excelente exposición que, en 2009, viajó de Barcelona a Budapest, con el título “Princesas de tierras lejanas” y que ha supuesto el privilegio de la excomunión temporal, sólo para esta ocasión, de la impactante talla de la Virgen del Claustro, objeto de devoción popular para los creyentes y de respeto reverencial para los que creemos que no lo somos. Vallbona, sin embargo, más allá del calor de la gente del

pueblo contó, asimismo, con el apoyo de la nobleza, a pesar de los problemas relativos a las franquicias, que nunca aceptaron de buen grado.

Una historia de Santa María de Vallbona, escrita en nuestros días, hecha con rigor y conocimiento de causa, probablemente podría ir firmada por más de uno de los acreditados historiadores con los que siempre ha contado nuestro país. Pero Vallbona nunca ha sido un espacio frío e impersonal, ubicado en un lugar remoto en el mapa nacional, al margen de la gente. Escribir a conciencia sobre Vallbona no quiere decir sólo estudiar sus vicisitudes históricas en documentos enterrados en polvo. Quiere decir, también y sobre todo, amarla, con la gente que la habita y que le ha dado vida, espíritu de acogida y calor humano, año tras año, desde hace casi nueve siglos.

Nadie, pues, más adecuado que Josep Maria Sans i Travé, director del Archivo Nacional de Cataluña, antiguo jefe del Servicio de Archivos de la Generalitat, historiador de prestigio acreditado y solvencia incuestionada, para escribir esta magnífica historia de nuestro monasterio. Porque Sans i Travé es un hombre de la tierra, de la más cercana al monasterio, de Solivella (Conca de Barberà), y conoce, por tanto, por experiencia personal, la influencia positiva que Santa María de Vallbona ha tenido siempre sobre las tierras vecinas. Este libro, pues, no es sólo una historia escrita con rigor, sino también con amor. Y eso se nota, porque, en definitiva, aunque la ciencia no tenga patria “ni pequeña, ni mediana, ni grande”, los científicos sí la tienen. Y Sans i Travé es un científico.

Puede parecer un tópico gastado por el uso, pero lo mejor del monasterio son sus monjas. Más que la majestuosidad silenciosa de los claustros y la iglesia, más que toda la historia acumulada a lo largo de los siglos, más que la riqueza artística de su arquitectura, Santa María de Vallbona tiene un valor añadido que lo hace distinto a todos los demás monasterios. Por eso, si Poblet es la expresión del estado, la memoria del estado, y Montserrat es la manifestación de la nación con emoción, Vallbona es el monasterio de las personas. De las personas que habitan el monasterio y de las que

descansan en él tan sólo unas horas o unos días. Y no hay nación, ni estado posibles, sin las personas. Por eso soy *vallbonista*, porque en el monasterio he encontrado, en todo momento, la afable acogida de unas monjas capaces de valorar la intensidad y el valor de cada pequeño detalle que la vida nos da, siempre con la sonrisa más sincera en los labios.

La historia de la comunidad de monjas en Santa María de Vallbona constituye un patrimonio humano, cultural y social imprescindible para entender la Cataluña antigua, la Cataluña contemporánea y la Cataluña del futuro. Un patrimonio humano más importante que el arquitectónico, con una mezcla de estilos del Románico cisterciense, del Gótico y del Renacimiento.

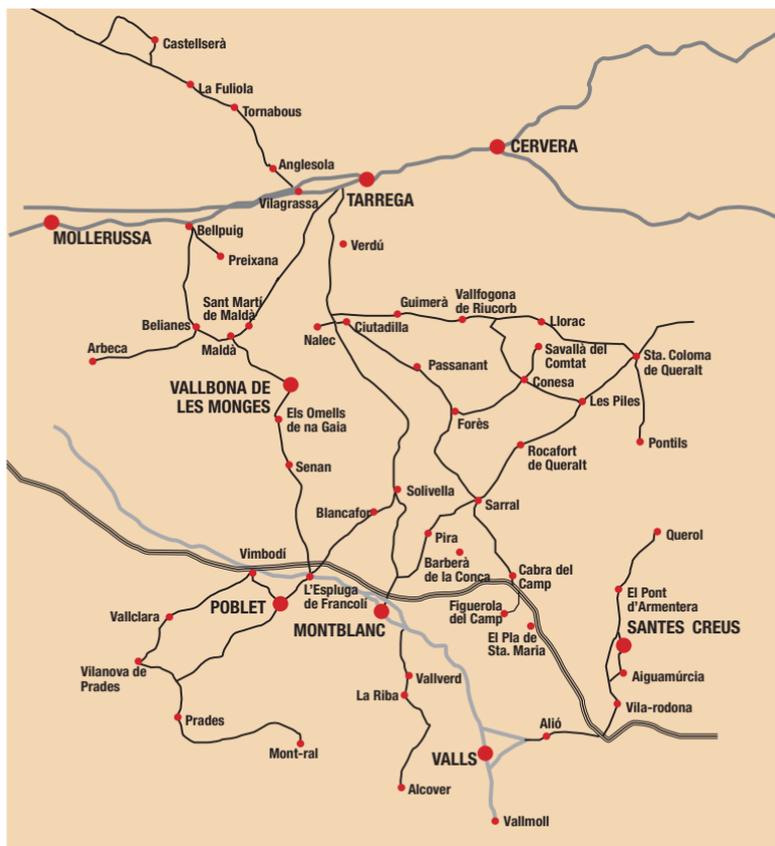
Generalmente, las grandes obras que acaban siendo el símbolo de un país se hacen en épocas de crecimiento, en años de esplendor. Son muestra de ello el Románico y el Gótico catalanes, así como el Modernismo. El monasterio de Santa María de Vallbona fue construido en una época en que la Cataluña Vieja abría fronteras hacia la Cataluña Nueva y más allá, uniendo la Casa de Barcelona y la Corona de Aragón. En aquel tiempo, nadie decidía por Cataluña a más de seiscientos kilómetros de distancia.

Josep-Lluís CAROD-ROVIRA
Vicepresidente de la Generalitat de Catalunya

UNA MIRADA AL PASADO

1

SITUACIÓN Y FUNDACIÓN



El monasterio de Santa María de Vallbona, de la Orden del Císter, se encuentra situado en la actual población de Vallbona de les Monges, en Cataluña, en la comarca del Urgel, en la zona noreste de la Península Ibérica. Junto a los otros dos monasterios de Poblet y Santes Creus, los tres situados en la Cataluña Nueva —la conquistada a los sarracenos en los siglos **XI** y **XII**—, constituye la huella más importante del Císter en el suroeste de Europa.

Los orígenes de la abadía de Santa María de Vallbona han sido muy diferentes de los dos monasterios hermanos de Poblet y Santes Creus. Mientras estos últimos nacieron con la voluntad de fundar una abadía cisterciense —la primera promovida por el



Vista general
del pueblo de
Vallbona

conde de Barcelona Ramón Berenguer IV (1131-1162) con la cesión de un territorio en La Conca de Barberà al abad de Fontfreda, y la segunda por el noble catalán Guillem Ramon de Montcada con la donación de unas tierras en Valldaura (Cerdanyola del Vallès) al abad de la Grand Selva (Languedoc)—, en Vallbona fue una comunidad eremítica de mujeres que se incorporó al Císter. Formaba parte de un grupo eremítico mixto constituido a mediados del siglo XII en el sector septentrional de la sierra del Tallat, bajo la inspiración y dirección de un santo ermitaño llamado Ramón. Muy probablemente, este personaje formó parte del grupo de ermitaños que fueron desalojados del término de Poblet cuando en 1150 el conde Ramón Berenguer IV lo cedió al abad de Fontfreda. Instalado luego Ramón en el



lugar de Vallbona —en 1154 ya se dejó una mujer para enterrar—, dirigió los grupos eremíticos que se formaron y promocionó este tipo de vida religiosa en otros lugares de la Cataluña Nueva.

Uno de los primeros problemas que tuvo que solucionar Ramón, al seguir la vida eremítica en el nuevo paraje, fue el relativo a la propiedad de la tierra en la que se estableció. Tenía que garantizar jurídicamente su posesión, no fuese que en algún momento fuera desalojado, como le había pasado en Poblet. El dominio eminente del lugar pertenecía a Ramon de Cervera, uno de los señores, entre otros lugares, de L'Espluga de Francolí y del sector del Tallat. Junto al alodio de Santa María, el perteneciente a la iglesia ermitaña original, disponía también de derechos Pere de Aguda, un vasallo de los Cardona, señores

Mapa de Poblet, conservado en Vallbona, donde aparece el topónimo Las Ermitas, muy cerca del término de Vimbodí

Puerta principal del monasterio de Escaladei



del castillo de Maldà y de tierras del entorno. Ramón obtuvo de los dos señores en 1157 la cesión de sus respectivos derechos, el mes de julio del primero, junto con su familia, y el mes de octubre del segundo, también con el acuerdo de toda su familia.

Ese mismo año, el conde de Barcelona Ramón Berenguer IV compensaba a los tres eremitas desalojados de Poblet, entre ellos Ramón, con la donación de unas tierras en Cérvoles, al abrigo de la sierra La Llena, para que construyesen un monasterio dedicado a Santa María que debería regirse por la regla de San Benito. La competencia, por un lado, del monasterio de Poblet, que no veía con buenos ojos un cenobio competidor tan cerca, y el espíritu eremítico de Ramón, por otro, determinaron que el primero de abril de 1171 Ramón, el único superviviente del grupo, llegase a un acuerdo con el monasterio de La Conca, al que cedió, bajo diversas compensaciones, los derechos que tenía en aquel lugar de Les Garrigues.

En virtud de este acuerdo, el monasterio se comprometía a dar de comer y vestir a Ramón y a su discípulo Bernardo y a construir un oratorio y una celda anexa, de los que los concesionarios podrían

disfrutar el resto de sus días, mientras la propiedad de todo pasaría al monasterio después de la muerte de ambos. El convenio, sin embargo, preveía otro aspecto que tendría una importancia muy relevante en el futuro: tanto Ramón como su discípulo ingresaban en la fraternidad de Poblet, de modo que ambos disfrutarían cuando murieran de los mismos sufragios que cualquier otro religioso de la comunidad. Para que quedara bien visible esta vinculación al Císter, aunque no implicaba su ingreso en el monasterio, Poblet se obligaba a dar cada año a Ramón, además de dos pares de sandalias y un sombrero redondo —muy necesarios para un hombre que se trasladaba a visitar las comunidades que había fundado—, una túnica, una cogulla y un escapulario. A su discípulo Bernardo, la donación se limitaba a una cogulla cada año. A partir de este momento, el aspecto exterior de Ramón cambió radicalmente: atrás quedaban los vestidos confeccionados con las pieles de animales que cubrían su cuerpo y sus pies descalzos, todo sustituido por los hábitos cistercienses y las sandalias. Una premonición de lo que pasaría muy pronto con el grupo de mujeres anacoretas que se había constituido bajo su dirección alrededor de Vallbona.

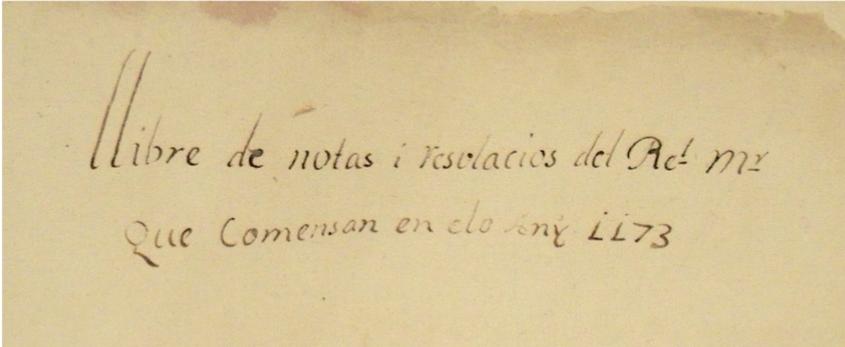
Las dos décadas de los cincuenta a los setenta del siglo XII fueron de gran actividad promotora del eremitismo por parte de Ramón. En el lugar de Vallbona había conseguido, además de Santa María, organizar otro grupo a unos dos kilómetros, el del Santo Espíritu. Poco tiempo después de julio de 1164, gracias a la donación del castillo de Colobres y de la iglesia de San Juan, también en este lugar creó otro centro eremítico. En Cérvoles, disponía de otro centro donde, como mínimo, consta su discípulo Bernardo. Más al sur, en Poboleda, organizaba otro eremitorio

en la tierra que, por mandato de Alfonso I de Cataluña (II de Aragón), el castellano de Siurana Arbert de Castellvell concedía en 1164 a Ramón. El grupo establecido en el Montsant representaría los precedentes del futuro monasterio cartujo de Escaladei.

La dirección de los diversos grupos eremíticos y los viajes que conllevaba no fueron obstáculo para que Ramón dedicara una especial atención al grupo mixto original de Vallbona, especialmente al representado por las anacoretas.

Para asegurar la supervivencia de la comunidad, no encontró una solución mejor que vincular el grupo femenino a una orden monástica. El acuerdo suscrito el primero de abril de 1171 con Poblet le allanó el camino, de modo que en el capítulo general de Cîteaux de septiembre de ese mismo año, el abad de Poblet presentó la solicitud de adscripción de las anacoretas al Císter. Obtenida la autorización, Ramón consiguió que, para el adiestramiento y la formación de las nuevas religiosas en los valores espirituales y en los usos y prácticas cistercienses, en octubre de 1172 vinieran Òria —que luego será la primera abadesa—, dos monjas y dos doncellas de Tulebras (Navarra), el primer monasterio femenino del Císter en la Península Ibérica. En un día indeterminado de 1173, tal como

Manuscrito del archivo del monasterio donde se registra la fecha tradicional de la fundación cisterciense del cenobio



*Libre de notes i resolucions del Abt. m^r
que Comensan en clo any 1173*

registra la tradición del monasterio, las viejas anacoretas profesaban en la Orden del Císter. En esta fecha, comenzaba su singladura cisterciense la abadía de Santa María de Vallbona.

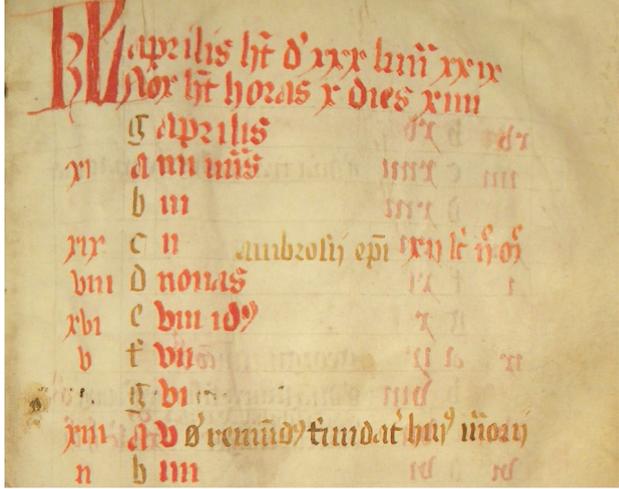
Tres años todavía sobrevivió el fundador de los grupos ermitaños que residían en los alrededores de Vallbona coordinando y administrando como responsable sus actividades religiosas. Progresivamente, sin embargo, se fue consolidando con un perfil propio el grupo femenino constituido por dos comunidades: la que habitaba en Colobres, en la cima del valle, que, presidida por la abadesa Òria, seguía fielmente la vida cisterciense, y otra comunidad formada al amparo del núcleo original, al fondo del valle, que aunaba las nuevas prácticas cistercienses con la vida tradicional eremítica. Esta última era presidida por una priora. Completaba estos grupos el resto de algunos ermitaños que, a pesar de haber sido aconsejados por Ramón de Vallbona para que ingresaran en Poblet o se tras-



Restos de la iglesia de Mas Déu y mojón



Registro en el calendario del monasterio del día del traspaso de "Ramón, fundador de este monasterio" (9 de abril de 1176)



ladaran al Montsant, habían optado por continuar su vida eremítica en el lugar donde habían elegido inicialmente la soledad, la penitencia y la oración, establecidos probablemente en el Santo Espíritu.

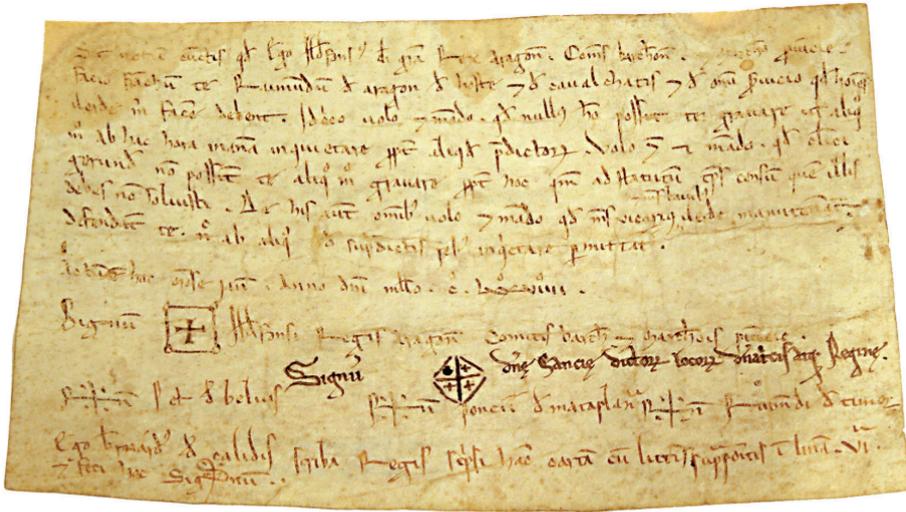
La nueva vida cenobítica exigió un cambio radical de las bases económicas. Para el sostenimiento de una futura comunidad más numerosa y para construir un monasterio de acuerdo con la normativa cisterciense que sustituyera las antiguas celdas eremitañas, harán falta unos ingresos económicos que antes, dada la simplicidad de vida de las eremitañas, no eran necesarios. Por ello, Ramón se preocupa de ampliar la propiedad originaria con nuevas adquisiciones de tierras, sea a través de compras, sea por donación de los incipientes benefactores. En agosto de 1174, Ramón y las religiosas de Vallbona compran por quinientos sueldos barceloneses una dominatura en Vilamanyanor (El Vilet) a Berenguer de Cardona, mientras que al año siguiente, con motivo del ingreso en la comunidad de Arsenda, obtienen una pieza de alodio en Anglesola, en la partida de La Llagostera. Pocos años antes, en junio de 1169, había conseguido de Pere de Aguda y su familia un

huerto en Sant Martí y una tierra en Llorenç, contigua al término monacal.

La dualidad de centros femeninos en un mismo lugar representaba un problema para su futura consolidación. Por eso, el día antes de morir, el 8 de abril de 1176, con motivo del otorgamiento de su testamento en presencia de sus colaboradores más íntimos, Ramón optó, dejando la decisión última a las propias afectadas, por potenciar la comunidad del valle, a cuya iglesia dejó su cuerpo para ser inhumado. Estableció después que la abadesa de Colobres quedara facultada para ir a dirigir la comunidad de Santa María de Vallbona, pero si ésta quisiera permanecer en Colobres, debería respetar todos los bienes y derechos de la comunidad de Santa María de Vallbona, que, por su parte, podría elegir una priora para que la presidiera, aunque bajo la dependencia de la abadesa de Colobres.

El día 9 de abril de 1176, como indica el viejo necrologio del monasterio, entregó su alma al Creador el "fundador san Ramón", que fue inhumado en el cementerio de Santa María de Vallbona. La fama de

Privilegio de Alfonso I a favor del cenobio(1179). Aparecen las señales del monarca y de su esposa Sancha



su santidad determinó que, el 11 de julio del mismo año, sus discípulos desenterraran los restos y los sepultaran nuevamente bajo el ara del altar mayor de la iglesia de Santa María, llamada “la Vieja” para distinguirla de la nueva que se construyó después en el complejo monacal. Como veremos más adelante, estos restos permanecieron aquí hasta 1665, cuando fueron trasladados a la iglesia monástica y depositados en una urna de madera.

Òria, tras superar las reticencias de algunas religiosas y aconsejada por Berenguera de Cervera, una dama noble benefactora y vinculada a la comunidad de Santa María, decidió dirigir el grupo de religiosas del valle. En otoño de 1176, a los pocos meses del traspaso del fundador, el día 17 de octubre ya consta Òria como abadesa de Santa María de Vallbona.

Castillo de Verdú, señorío de Berenguerade Cervera

